

Redes sociales, comunidades virtuales

Las identidades en juego

Editorial

EL EXAMEN DEL ESPACIO público y sus transformaciones, como arena de confrontación ideológica y a la vez como “lugar enunciativo” en el que se construyen y reconfiguran los sentidos de pertenencia a grupos y comunidades, es una tarea urgente para las disciplinas de la comunicación social.

Esta labor es particularmente compleja si aceptamos que ya no es posible circunscribir el espacio público a los lugares de encuentro tradicionales; en la “sociedad mundo” que habitamos hay una creciente interacción con la esfera mediática y con las nuevas modalidades de la comunicación compleja en el ciberespacio.

La creatividad, la energía que se despliega en la construcción de identidades individuales o colectivas, es una de las acciones humanas que ponen en juego una gran cantidad de recursos simbólicos. Conquistar y preservar un lugar en la arena social, en el escenario semio-discursivo, implica un gran esfuerzo colectivo, un incesante trabajo de construcción de sentido.

Los “lugares de enunciación” de las identidades, individuales o colectivas, no son permanentes sino relativamente estables, porque tiene que adaptarse y anticipar el curso cambiante de un “diálogo social” sometido a las fricciones, tensiones, contradicciones de diversas perspectivas ideológicas.

En todo ello, habrá que considerar la participación del imaginario colectivo en la construcción de realidades sociales. Los mundos sociales que

habitamos, y en los cuales nos “posicionamos”, conforman una pluralidad de “escenarios semio-discursivos” resultado de una incesante práctica de producción, circulación y apropiación simbólica.

Por un “realismo del imaginario” eran los términos de un programa de estudios —aún vigente en muchos sentidos— de la emergente cultura mediática definido por E. Morin en *L'esprit du temps* (1962). En este estudio seminal, la cultura se define como la “circulación del sentido” (una expresión nuestra) que sigue el curso de sus *redese* “irriga la vida real del imaginario, el imaginario de la vida real”. En otras palabras, según esta línea de argumentación, nuestras visiones de lo “real”, no son sino una “actualización” de la inagotable “virtualidad”, una semiosis sin límites, del imaginario social.

De este modo, las fuerzas invisibles de los imaginarios colectivos trabajan incesantemente en la creación de sentidos de pertenencia. La emergencia y reconfiguración de identidades colectivas ponen en juego las competencias de los actores sociales para ocupar *lugares de enunciación* reconocibles y legítimos ante las prácticas colectivas institucionalizadas. Lo que está en juego es la creación de “nuevas instancias de circulación y legitimación del decir”, para recurrir a una expresión de Mónica Zoppi.

En la conquista de un *espacio simbólico signifiante* (véase la colaboración en este número de Mónica Zoppi: “Identidades (in)formales”), como es el entorno urbano, no sólo se pone en juego la lucha cotidiana por la supervivencia sino prácticas del discurso orientadas a la construcción de identidades, esto es, a la conformación de una función como enunciador colectivo en un entorno abonado por las descalificaciones y la deslegitimación o aún por un silenciamiento o prohibición de un acto socialmente constitutivo: la toma de la palabra y, simultáneamente, la ocupación de un espacio en la *polis*.

Esta falta de “visibilidad” de algunos grupos y movimientos sociales es el resultado de añejas prácticas de exclusión y silenciamiento de voces “ajenas” que representan una amenaza a la reproducción del orden simbólico-discursivo dominante.

La “ningunidad” no es otra cosa que la sistemática negación del lugar que ocupan el “adversario político”, las expresiones del disenso, las formas de lucha de las clases subalternas. El tristemente célebre enunciado, marcado por los tiempos del autoritarismo presidencialista en nuestro país, “Ni los veo, ni los oigo”, resume esta actitud.

Aún en ciertas esferas especializadas de la vida social, en la comunicación del saber o la divulgación del conocimiento, se ponen también en juego diversas formas de construcción discursiva de las identidades sociales. Las voces autorizadas, los mediadores y los destinatarios de la comunicación de los saberes no representan únicamente a los participantes de este proceso sino a los “lugares de interlocución” desde los cuales se negocian diversas concepciones de la práctica científica (Lourdes Berruecos aborda esta problemática examinando un corpus del discurso escrito de divulgación científica en revistas mexicanas).

Alter-realidades y vínculos emergentes

Hacia una etnografía de los vínculos emergentes en las comunidades virtuales: este enunciado muy bien puede resumir la orientación de los estudios de Rosalía Winocur. Levantar un registro y a la vez examinar los nuevos sentidos y formas de pertenencia que tienen lugar en grupos de interlocución constituidos en otro registro de temporalidad y en un espacio que no está fijado, es uno de los propósitos de la colaboración de Winocur en este número.

Los nuevos modos de sociabilidad configuran otro-espacio público que adquiere relevancia por su intenso dinamismo. Estamos ante otro régimen de discurso, donde tiene cabida la imprevisibilidad y lo aleatorio, abierto a la réplica y a la “horizontalidad” del intercambio.

Las conductas y los papeles sociales asumidos escapan a determinismos e imperativos sociales, las personalidades que asumen los interlocutores en los salones de conversación son múltiples. La elección misma de los apelativos, los *nicknames* en las sesiones de conversación son indicativos de ciertos rasgos de personalidad idealizados.

Intercambio de máscaras y caretas sociales: una verdadera carnavalización del intercambio social, donde la farsa y la simulación tienen cabida. La verdad y la mentira son un tanto intercambiables en las realidades virtuales; importa más la “verosimilitud del enunciador”: la congruencia de sus dichos. En otras palabras, son más importantes los “efectos” de verdad o de “realidad” en las actuaciones simbólicas discursivas de los participantes en estas comunidades.

El “travestismo” social en el medio electrónico no siempre acusa rasgos patológicos ni traduce necesariamente actitudes perversas: da rienda suelta

a necesidades subjetivas de expresión en otro registro a través de distintas voces y asumiendo “distintas personalidades”, o más bien “máscaras enunciativas” plurales.

En el ciberespacio se conforman colectivos sociales un tanto efímeros en tanto comparten una afición o tareas específicas. Sin embargo, el tejido de los intercambios puede adquirir una gran densidad. Constituyen en todo caso, un escenario en el que se “ensayan” comportamientos, papeles y “máscaras” sociales sin el constreñimiento ético de una confrontación cara a cara.

Pero esta “otra realidad” sometida a juegos de interacción, cuyas reglas son cambiantes, no conforma un dominio utópico ajeno a las prácticas sociales e ideologías, a los reclamos de posiciones de poder y a mecanismos de exclusión que prevalecen en la realidad “dura” de nuestras sociedades contemporáneas.

Si bien el terreno de conformación de estas comunidades es el ciberespacio, vasto y proteico, su condición en tanto conglomerado de redes sociales “virtuales”, su carencia de sustentos materiales, no las hace menos reales.

En fin, las colaboraciones de este volumen no sólo invitan a pensar de otra manera el entramado simbólico discursivo del espacio público y la reconfiguración de las identidades sociales, nos ofrecen valiosas líneas de reflexión sobre el orden metafórico en la vida cotidiana y en el texto artístico, por ejemplo. De la “escritura en voz alta” al “diálogo entre realidad ética y estética en el documental”; del análisis crítico de los discursos sobre la pobreza en la Argentina a la presentación ante los científicos sociales de un riguroso esquema conceptual del análisis del discurso; en fin, del acto cinematográfico en Tarkovsky al sentido de la guerra en Marcos, los recorridos de lectura no están determinados por la secuencia lineal de las secciones o el orden de los textos en ellas. Responden más bien a la diversidad de preocupaciones y “modos de intelección” que se abren paso ante la complejidad de nuestro presente social y político.